

# RELIGION Y PATRIA

AÑO 50

Gijón, 2 enero 1956

Núm. 1043

Fundador:

Juan Ortea Fernández  
(24-12-1936 †)

Periódico mensual con  
censura eclesiástica

Director:

Juan Manuel Ortea Corujo  
Abogado

Número extraordinario de las Bodas de Oro

## Hoy hace cincuenta años

**E**RA el día 2 de enero de 1906, cuando salía por primera vez este periódico con el nombre de «EL AMIGO DEL POBRE».

Entonces, sus propósitos estaban basados en aquellas palabras que Jesucristo dijo a sus discípulos: **Amaos los unos a los otros...**; y en su artículo de exposición de ideas, como presentación del periódico decía:

«Considerando la pobreza bajo el aspecto cristiano, que es como debemos de considerarla, el pobre, el humilde, es el ser más favorecido de la tierra, puesto que en él está más fielmente representado Cristo Redentor y porque en medio de esa pobreza, de esa humildad en que Dios plugo colocarle, rodeado de mil contradicciones, tiene sobradas facilidades para conquistar la eterna felicidad, ¡como que bástale al siervo humilde conformarse con la voluntad divina y ofrecerle sus trabajos y dolores!; no así el rico, el poderoso, quien necesita de otras muchas cosas para salvarse, quien en sus riquezas y poder, encuentra hartos peligros para su alma y para su cuerpo.

Venimos, continuaba diciendo, con este periódico a entablar cariñosas relaciones con la clase humilde, a hacerla más llevadera su situación, llevando la sana lectura, amena e instructiva y con el buen consejo y el buen ejemplo llevar la paz y la alegría a su hogar y a su corazón.

Termina agradeciendo la colaboración a sus compañeros de labor periodística, y a quienes se prestaron con decidido entusiasmo a secundar su labor con su dinero y con su influencia.

Y así comenzaba la vida un periódico, lleno de entusiasmos, con santos propósitos y pensando en llevar a todos el consuelo y el amor, tratando de arrancar del corazón humano el odio y el rencor.

Han pasado CINCUENTA AÑOS: todos han muerto, quienes iniciaron aquella ambición de llevar

a los hogares del humilde, la paz y la palabra de Dios.

El habrá premiado la labor de muchos años. No llegaron a este día, pero sí llegó su obra. Y llegó íntegra, tal como fué concebida, con la misma idea inspiradora de entonces, con el deseo de llevar la paz a todos los hombres de buena voluntad. Evitando la ofensa, la división de los hombres, el odio, el rencor, y resaltando tan sólo el mal en sí mismo, independientemente de los hombres, como si los hombres fuesen santos.

Su formato es también el mismo; la distribución del original idéntico. La idea de su organización era perfecta y la más eficaz a sus pensamientos; por eso hoy vive exactamente este periódico con las mismas normas de organización de hace CINCUENTA AÑOS: El cuento con su moraleja, el verso correspondiente y oportuno, la leyenda apropiada, el comentario evangélico y sus consecuencias, y hasta la nota de humor o comentario ajeno, a veces, a un tema doctrinal religioso.

Yo no había nacido aún cuando este periódico salía a la calle. Más tarde, poco a poco, viéndolo de cerca, fui comprendiendo el pensamiento y táctica de su fundador. Por eso, cuando se pudo realizar su ruego testamentario, de que este periódico no muriese cuando él, surgió de nuevo con las mismas características de siempre; pues en ellas residía el secreto de su pervivencia a través de tantas vicisitudes, adversidades y dificultades.

Hoy, tengo la satisfacción de celebrar esta fecha gloriosa de «RELIGION Y PATRIA», sintiéndome historia de una publicación que ha nacido antes que yo y que, pudiera ser, Dios lo quiera, continúe años y años, cuando yo también haya terminado mi vida.

Las costumbres y los hombres pasan, pero permanece eternamente la palabra de Dios, sencilla, emotiva, consoladora, para todos los hombres de buena voluntad.

El Director

## EL CABALLO PRESUNTUOSO

Cuento de Navidad,  
de Colette Roselli

Esta fábula de Navidad me la contó, cuando yo era pequeña, mi abuela que, a su vez, cuando ella era también pequeña, se la había oído contar a su abuela, y así, de abuela en abuela, ¡quién sabe cuántos siglos atrás podríamos remontarnos...!

Y parece ser que cada una de estas abuelas amantes de empezar el relato, anunciaban con cierta solemnidad que se trataba de una historia verdadera. Y como yo ya he empezado y no puedo decir lo mismo, sólo tengo que pedirlos que seáis buenos y me escuchéis con atención.

El día anterior al del nacimiento del Niño Jesús (¡os hablo de casi dos mil años atrás), había en el aire de Belén algo raro. Aunque era pleno invierno, incluso las personas más resfriadas podían percibir fuera de casa un agradable perfume parecido al que se respira en los jardines, en primavera. Los árboles, entumecidos por el hielo, de repente habían estirado sus brazos como si despertaran en medio de un hermoso sueño, agitando unas tiernas hojitas verdes en la punta de sus ramas. Por las calles y las plazas, a pesar de los malos tiempos (guerras, carestía y preocupaciones para todos,) las personas no podían dejar de sonreírse unas a otras, sin razón; un cierto Pablo, comerciante en telas, fué visto atravesando la calle para estrecharle la mano a cierto Pedro, cliente suyo que era su deudor desde hacía tres años y contra el cual había entablado un pleito. Cierta Judit, dama de alta posición, fué vista sonriéndole a cierta Magdalena,

mujer a la que despreciaba. Los niños no hacían diabluras y cuando su mamá, asomándose a la ventana los llamaba para que se fueran a la cama, obedecían en seguida abandonando sus juegos.

En resumen, por el aire de Belén corría un ligero vientecillo que volvía a todos los hombres más buenos. Pero lo que aquel ligero vientecillo susurraba al oído de cada uno, nadie habría podido decirlo. Porque los hombres no comprenden, ¡ay!, las voces de la naturaleza; y el canto de los pájaros, el repiqueteo de la lluvia, el susurro del viento son otros tantos lenguajes misteriosos para él. Pero si los hombres no comprendían el por qué de su imprevista alegría (y, naturalmente, no se preguntaban siquiera la razón), los animales, por el contrario con aquel instinto infalible que les hace presentir temporales, terremotos y catástrofes, habían adivinado que alguna cosa extraordinaria estaba a punto de acaecer. Pero esta vez no se trataba de sucesos espantosos: «¡Alegraos—decía la voz misteriosa del aire de Belén—, dentro de pocas horas, en un establo, nacerá el Rey de Reyes!»

El leve vientecillo circuló también entre ellos. Se vió el terrible mastín del Pretor jugar con un gato, y a un gato ceder un trocito de queso a un topo. Se vió a una mula desmontar de la silla, con una alegre pirueta, a su dueño, y ponerse a girar en torno a sí misma intentando atrapar la cola. Los pajarillos, que en esta época del año piensan sólo en calentarse, poquito a poco fueron saliendo

de sus nidos y de pronto, todos a la vez empezaron a revolotear, llenando el cielo con sus cantos y diciendo: «¡Alegraos; dentro de pocas horas, en un establo, nacerá el Rey de Reyes!»

El hecho que el Rey de Reyes debiera nacer en un establo, llenaba a los animales de excitación, aunque todavía no supieran cuál iba a ser el privilegiado establo. Y aquel punto oscuro era causa de mil discusiones. Hacía el anochecer, el caballo blanco del gobernador, mientras aguardaba que su dueño saliera del palacio para la acostumbrada cabalgata vespéral, pifaba orgulloso en la plaza principal. A su alrededor se apretujaban los demás caballos de los dignatarios, los mulos y los asnos de los mercaderes, los bueyes al regreso del campo y, por fin, tres camellos acabados de llegar con una caravana del desierto.

«Este extraordinario mensaje—dijo el caballo del gobernador, sacudiendo sus bellas crines peinadas—, no nos dice en qué establo nacerá el Rey de Reyes. Pero me parece claro, aunque falten datos exactos sobre tal particular, que el solo establo digno de acoger un Niño tan excepcional es el Mio, que forma parte del Palacio del Gobernador». Y arqueó el cuello, arrogadamente, con la gracia de un cisne. Los restantes animales bajaron, suspirando, la cabeza. El caballo del gobernador no gozaba de simpatías, era insolente, arrogante y presuntuoso. Mas, a pesar de ello, tenía razón; el solo establo decente de Belén era el suyo; todos los demás eran oscuros, sucios y absolutamente indignos de acoger al Rey de Reyes. El suspiro más fuerte lo dieron a un tiempo un asnito y un buey que, algo apartados, habían escuchado el discurso. Pertenecía al dueño de una modesta hostería situada a las puertas de la ciudad, y de todos, era, sin duda, el suyo el más mísero de los establos. El caballo del gobernador continuó: «Pocas horas nos separan ya del gran acontecimiento. Mi intención es recibir con todos los honores a este insigne Niño: no en vano pertenezco al gobernador y en actos de gran trascendencia nada tengo que aprender de nadie. Así, pues, os invito a todos a mi establo, donde os reuniréis conmigo apenas vuestros dueños se retiren a sus casas por la noche.» Caballos, bueyes, mulos y camellos agitaron gozosamente sus colas y sus crines. Pero los que se sintieron más felices fueron el asnillo y el buey, que no pudiendo retener su júbilo lanzaron un rebuzno y un alegre mugido. El caballo del gobernador los miró severamente: «Queda entendido—añadió—, que mi invitación no va dirigida a todos aquellos que saben que están impresentables». Y miraba con desprecio los descarnados y pelados lomos de los dos pobres animales. El asno y el buey interrumpieron inmediatamente sus manifestaciones de gozo y, si los animales pudieran ruborizarse, hubiérais podido verlos enrojecer como amapolas, de las orejas a la cola.

En esto, el gobernador saltó del palacio entre un grupo de dignatarios, y pocos minutos después la plaza quedó vacía. También el asnillo y el buey emprendieron el regreso a su casa. Mientras trotaban hacia el establo, el asno suspiraba: «¡Qué desdicha ser pobres y llevar impresos todos los signos de la fatiga y de la miseria!» «Es necesario resignarse—decía el buey—, ¡y quién sabe, tal vez algún día también nosotros veamos, aunque sea de lejos, a ese Niño prodigioso! Y para olvidar su penoso desencanto trataban de imaginar cómo sería, si rubio o morenito, si con los ojos azules o negros...

Entretanto, la noche había caído sobre la tierra. Apenas entraron en su establo, el asno y el buey vieron aparecer en su ventana una gran estrella, resplandeciente y tallada como un brillante. Se movía lentamente y parecía dirigirse hacia ellos arrastrando una larga cola luminosa, tan viva como una cascada de agua. El asnillo y el buey la miraban embobados sin acertar a apartar los ojos de ella. Cuando por fin lo consiguieron y volvieron la cabeza hacia el interior del establo, lo que vieron fué aún más increíble: Sentada sobre el suelo, iluminada por un rayo de la estrella-cometa, una Mujer de rostro suavísimo sostenía sobre la falda

un Niño. Un Niño tan bello y luminoso que la estrella-cometa quedaba desvaída frente a Él. En el umbral del establo, un grupo de gentes arrodilladas adoraban al Infante. El asno y el buey se miraron. No osaban dar crédito a sus ojos. Instintivamente también ellos doblaron las patas y se hallaron así con los hocicos muy cerquita del Niño. Estaba desnudo, pobrecillo, y aunque sus cabellos fueran de oro y sus ojos piedras preciosas, estaba tan despojado de todo como el pobre más pobre de Belén. Tenía las manitas rojas de frío y también la caricita...

El asno y el buey volvieron entonces a mirarse, como si se interrogaran mudamente: habrían querido... pero no osaban...

Por fin reunieron el valor necesario: alargaron sus bellos hacia aquellos deditos y, suave, muy suavemente empezaron a soplar sobre ellos. Al contacto del cálido aire el Niño sonrió y rozó con una mano la negra y lustrosa nariz del buey y la mórbida y gris del asno. Una sensación de delicioso bienestar invadió a los dos animalitos.

A la mañana siguiente, cuando el asno y el buey atravesaron la plaza para dirigirse, como de cos-

tumbre, a sus labores en el campo, el caballo del gobernador estaba aguardando ante el palacio. Pero, ¡cuán distinto al día anterior! ¡Su cuello no se arqueaba como el de un cisne y sus crines no flotaban al viento orgullosamente...! Y a su alrededor los demás caballos de los dignatarios, los mulos, los asnos de los mercaderes, los bueyes y los camellos del desierto, con sus lacias colas y sus caídas orejas, parecían tan humillados como el caballo. Habían pasado toda la noche en el establo del caballo del gobernador, esperando al Rey de Reyes.

El asno y el buey, al ver su fúnebre aspecto, sintieron la tentación de desfilar ante ellos pavoneándose. Pero al recordar que la manita de Jesús Niño les había acariciado apartaron rápidamente el mezquino pensamiento de sus mentes. Y para no aumentar su humillación, decidieron seguir recto y pasar por otra calle. Dieron, pues, la espalda a la plaza. Con gran estupefacción, el caballo del gobernador y sus compañeros vieron que de los lomos del asnillo y del buey, ¡todas las costuras y peladuras habían desaparecido!

## El triste adiós de Boabdil cuando abandonó La Alhambra

(Leyenda granadina)

Ante el alfeizar moruno de alta ventana ojival, y en un castillo feudal poderoso cual ninguno, sentada está, uno a uno contando sus sentimientos, leyendo en sus pensamientos ISBEL, joven castellana de hermosura soberana y de impetuosos alientos. Cuando más absorta estaba en grave meditación, a distraer su atención llegó una joven esclava quien con ISBEL, así hablaba: —Ya vendrá... no lo dudéis; vuestro anhelo calmaréis... —¿Cómo sabes que vendrá?... —Eso, el Mago os lo dirá; pues, señora, ya sabéis cómo os pidió una entrevista secreta, para anunciaros sucesos que han de extrañaros aún a vuestra propia vista. —Y el Mago, que Dios asista, ¿vendrá?... —Bien anochecido; ya todo está prevenido, y sin que sorpresas haya; que es guardián en la atalaya el que es hoy mi prometido. —¿Cómo un cristiano ha de hacer, pues su religión se opone, y no hay ley que lo sancione, a una mora su mujer? —Es converso... —Al parecer, ¿es renegado el guardián? Me sorprende que el galán continúe en el castillo; a mi padre he de advertirle, sin duda traicionarán. —¡No haréis tal!... —¿Y por qué no? —la castellana repuso. —¿Cometeréis tal abuso?... —la morisca interrogó: pues entonces también yo a vuestro padre diría que amáis con idolatría a un Emir, que sin reproches escucháis todas las noches cautivada en demasía. —Ese Emir de buen humor que, según tú, amor le ciega, y al pie destos muros llega a ejercer de trovador; de ese incógnito señor por quien soy tan festejada, no puedo yo ser su amada, ni él jamás mi prometido... ¡Quién sabe, clase y partido si existe amor, no hay más nada!

Mediada la noche había cuando un moro, con destreza, penetró en la fortaleza precedido del vigía, quien sirviendo a aquél de guía le recomienda a su amante la cautiva. Esta, al instante, conduce al Mago al salón donde con viva emoción ISBEL espera anhelante. —¡Alá guarde a hurí tan bella! —saluda el viejo adivino. —Dios te guíe al buen camino y Él te salve; —dícele ella. —Consultar quieres tú estrella, pues sueño hubiste asombroso: «Soñaste que un día hermoso viste un águila volar, y los espacios surcar en ademán victorioso. «Sus alas luego abatió, y tú, sin ningún recelo, te acogiste a su revuelo y en los aires te elevó; después tu sueño varió, y te encontraste sentada sobre una roca bañada de efectos de luz brillante, luz que te envolvía radiante dejándote iluminada. «El águila poderosa que te arrebató consigo, y en cuyas alas abrigó te procuraste afanosa, que un gran rey te hará su esposa, significa visión tal; y, esa roca es el sitio de un trono donde erigida veraste... Mas, por tu vida, serás su ruina total»

Las predicciones del Mago, por fin, cumplidas se vieron: en un asalto que dieron al castillo, en día aciago, causó tan enorme estrago una horda mahometana, que victoriosa y ufana, tornó presto a su cuartel, cautiva llevando a ISBEL, a la hermosa castellana. Y presentada al Sultán según la costumbre y uso, mostróse el Sultán confuso y ella mostró intenso afán. Ambos en suspenso están, y uno en otro la mirada... pues ella es la enamorada, y él el Emir trovador; siendo tan noble señor ¡el propio rey de Granada!

El Sultán, falto de freno, de pasión enloquecido, a nada prestaba oído, mostrándose a todo ajeno;

y entregándose de lleno a su locura amorosa por la castellana hermosa, pensaba elegir sultana a ISBEL, la noble cristiana y repudiar a su esposa.

Decidido el casamiento, que en ello ISBEL consentía, pues ofuscándose había con tal alto encumbramiento, notifica el rey su intento a la Sultana leal, y ésta, la morada real con sus hijos abandona. Pero es madre, y no perdona vergüenza y oprobio tal.

Por fin, ISBEL abjuró de su cristiana creencia, que adormida la conciencia con tanto fausto quedó. Con el rey se desposó, y en el trono de Granada viose FATIMA sentada... En tanto, se desespera, lejos del que suyo fuera una reina destronada.

Y el Sultán zambras propone para festejar su boda; y justas hay, en que toda la corte muslim expone sus riquezas, y dispone juegos, cañas, mucha fiesta que concluyó bien funesta... Presagio de acto mayor que holló el poder y el valor de la Media-Luna enhiesta.

No en su retiro vivía ociosa la ex-soberana; la repudiada Sultana súbditos fieles tenía con los que proclamaría al Príncipe, Soberano. Mas el pueblo, de antemano, y del Sultán descontento lo destronó, el nombramiento dando entonces a un su hermano

En abierta rebelión y la discordia encendida, Granada, comprometida vió su endeble situación; pues ansiaban con tesón los hermanos el poder, y el Príncipe, por coger el trono, tenaz luchaba, y furioso conspiraba logrando, al cabo, rey ser.

Por ejército cristiano ya es sitiada la Ciudad con brava temeridad; e impotente el mahometano ve que es resistir en vano, y acata la rendición. Triunfante el santo blasón, la Media-Luna se humilla ante ISABEL de Castilla y FERNANDO de Aragón.

Boabdil, el rey de Granada, la gran ciudad abandona; su madre, aquella matrona que fué reina y repudiada, sigue al hijo en su jornada; de escolta varios jinetes con armas y coseletes. Su jaco Boabdil refrena mirando, con dolor y pena, La Alhambra y los minaretes.

De su pérdida nobleza ve el Palacio, su retiro, y exhala un hondo suspiro por su pasada grandeza. La ex-reina, con entereza dice, al verle padecer: —«En llorar como mujer bien haces, hijo querido; ya que valor no has tenido... ¡Pues no supiste hombre ser!»

Moisés García y Fernández-Vallín

## Consideraciones sobre la Doctrina del Evangelio

...Y cierto día, preguntaron a Jesús de Nazaret: —¿Cuál es el mandamiento grande, el primero de todos en la Ley?

Y Jesús les contestó:

—El primero de todos los mandamientos es... ¡Oye Israel!, el Señor tu Dios es tu Dios. Y amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón y de toda tu alma y de toda tu mente y de todo tu poder. Este es el gran mandamiento y el primero de todos. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. Mayor que estos, no hay ningún mandamiento. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.

Es decir: estos dos mandamientos son el fundamento, la vida, el cimiento, el sostén de todo lo que enseña la Ley y los profetas. A estos, se reduce toda la doctrina divina de la Escritura.

—Bien dices y con verdad. —respondió quien le había preguntado.

Y viendo Jesús que había respondido con acento sincero, le dijo:

—Tú no andas lejos del reino de Dios.

Y en sueños un día me sorprendió contemplar que el mundo había decidido implantar el principio evangélico de «amarse los unos a los otros en Dios».

Un acontecimiento milagroso había hecho a la humanidad rectificar de todos sus errores: había vuelto los ojos a Dios, y quería llevar a la práctica las normas del amor cristiano.

Y pude ver cómo el amigo corría solícito a casa de quien había sido hasta entonces su enemigo, porque estaba enfermo y con necesidad. Le llevó cuantos remedios pudo a su mal, y le llevó también, palabras de consuelo y de afecto.

También vi al rico que buscaba al necesitado para aliviarle y ayudar sus miserias, llevando a la casa del pobre una alegría que nunca había conocido. Y el amor y el agradecimiento de unos para otros, iba surgiendo con fuerza poderosa entre los hombres.

Sorprendido cada vez más, iba recorriendo el mundo, y contemplando extasiado la revolución extraordinaria del amor que reinaba entre todos.

El poderoso dueño de las grandes empresas, se acercaba a la casa del humilde y transformaba en cómodo el hogar que había sido refugio inhospitalario hasta entonces. Y la alegría cambiaba los rostros de aquellos seres que habían sufrido siempre la miseria y el abandono.

Y vi también al pobre, al trabajador, a la madre rodeada de sus hijos, entrar en la iglesia y postrarse de rodillas para dar gracias a Dios de su redención. Y vi santiguarse a muchos hombres con sus manos sucias y endurecidas por honrado trabajo, y vi lágrimas de alegría en los ojos, hasta entonces tristes y torvos del obrero de la mina, y escuché cánticos de alabanzas de multitudes agradecidas que se desbordaban por ayudarse los unos a los otros en las miserias y padecimientos humanos.

Dios parecía estar muy cerca de todos. Se le presentaba en todas partes. Casi se escuchaba su voz complacida dejando salir de sus manos las gracias en chorro infinito de amor y de ternura.

Y la visión continuaba. Los estados daban leyes y más leyes, con la única inquietud del bien de sus súbditos, del bienestar de todos, buscando nada más que la armonía de sus ciudadanos. La justicia tenía fácil tarea; pues sólo señalaba normas de equidad, mientras los tribunales, ociosos en su quehacer, iban olvidando las leyes disciplinarias. Las cárceles quedaron vacías.

El trabajador rendía mucho más, vivía mucho mejor, y la vida se fué haciendo mucho más cómoda y agradable para la humanidad entera.

Yo, absorto, en la contemplación de aquel nuevo mundo que surgía con tanta fuerza por el reinado del amor entre los hombres, me parecía un adelanto de la felicidad en otra vida mejor.

Los hombres eran distintos: el amor los había transformado; sus palabras parecían otras. El mundo no era el de antes. Pensaba yo, si no estaría en un nuevo planeta donde el hombre aun no había pecado contra Dios y estaba disfrutando todavía de un paraíso terrenal.

Pero el sueño tuvo su fin con el canto de la alondra. Era un sueño solamente. Todo había sido... eso... un sueño, sin realidad alguna.

El mundo volvió a ser como era. El odio siguió reinando entre los hombres: la ambición era ley humana; el egoísmo era una norma de vida; el rico seguía siendo rico con todos sus defectos, y el pobre, seguía siendo pobre, con sus defectos y sus virtudes.

Hasta el estado seguía siendo el estado.

¡Triste y desilusionado desperté...

El hombre, la humanidad entera seguía siendo ciega voluntariamente. Me dió mucha pena de todo..., hasta de haber despertado.

†

Rogad a Dios en caridad por el alma de

### Don Juan Ortea Fernández

(Fundador de este periódico en 1906)  
fallecido cristianamente en Gijón, el 24 de diciembre de 1936

R. I. P.

Su esposa e hijos os suplican una oración por su eterno descanso.

«Mi periódico que no muera, cuando yo me vaya». (De su testamento).

# Los santos y los animales

Como Jesucristo nos manda: «enseñar al que no sabe», creo es una obligación enseñar el motivo de figurar santos acompañados de animales.

Los santos y los fabulistas se parecen en que unos y otros se han servido, a veces, de animales para dar a los hombres lecciones de moral. En las fábulas aparece el zorro astuto, el lobo cruel, la tímida liebre, la trabajadora hormiga, etc. En la historia de los santos, por el contrario, vemos los animales, no como son, sino como debiéramos ser nosotros los hombres. Unas veces sirven y reverencian a los santos, otras, bajo la influencia bienhechora se moralizan y se idealizan. De aquí que en muchas historias y tradiciones piadosas, pintan los irracionales con el papel más importante.

Un cuervo alimentaba a San Pablo el Ermitaño y le traía diariamente medio pan en el pico, y gracias a este negruzco volátil no se murió de hambre. Más tarde, otro solitario, San Antonio, también fué servido en el mismo lugar por el mismo ave, que en vez de medio pan traía uno entero. O sea medio pan para cada santo. San Benito, tuvo un cuervo, no como protector, sino como protegido y compañero inseparable.

El perro de San Roque nos da una lección de caridad más elocuente todavía. Después de curar numerosos enfermos en Plasencia, San Roque se vió cubierto de repugnantes úlceras. El contagio se cebaba en él y los habitantes de la ciudad, más miedosos que agradecidos, le arrojaron de ella, obligándole a huir a los bosques. Por singular coincidencia, tenía en éstos un castillo un señor feudal llamado Gotardo gran cazador y dueño de una buena jauría. El tal Gotardo, observó que día por día uno de sus perros cogía un pan de la mesa y escapaba con él, pasando largas horas fuera del castillo. Picóle la curiosidad, y una tarde, siguió al animalito. Después de mucho caminar, penetró en una caverna y allí encontró al perro lamiéndole cariñosamente las llagas a un pobre enfermo. Era San Roque. Gotardo, conmovido, lo llevó a su castillo, lo curó y se arrepintió de todos sus pecados, llegando a ser un santo. También menciona la historia, de un cangrejo, que devolvió a San Francisco Javier un crucifijo que el Santo había

perdido y durante largo tiempo buscaba inútilmente.

San Pacomio, queriendo pasar el Nilo, para socorrer a un enfermo y no encontrando barco, lo hizo sobre dos cocodrilos que cortesmente se prestaron a ello. San Jerónimo, meditando en las orillas del Jordán, vió a un león, que se arrastraba llevando atravesada una pata con una enorme espina. Socorrida la fiera curada de su mal, siguió al santo agradecida sin querer separarse jamás de su bienhechor. Si éste enviaba a su borriquito a pacer, el león hacía de guardián. Llegado al santo su última hora, tanto le amaba la bestia, que acostándose en su tumba se dejó morir de hambre.

Por parecido motivo acompaña a San Antonio su famoso cerdo. La cosa ocurrió en España. Una reina había estado gravemente enferma. San Antón acababa de curarla milagrosamente, cuando sintió un gruñido y un tirón de su burdo sayal. Volvióse y vió una cerda acompañada de su marranillo enclenque y ciego. Movido de compasión el célebre cenobita no tuvo inconveniente en curar al lechoncillo, y desde aquel momento, éste, no se apartó de su lado un instante.

La más celebre de estas historias es la de San Humberto. Un día este famoso venador perseguía a un ciervo blanco sin alcanzarlo nunca. De pronto el animal se vuelve, y Humberto, ve entre los cuernos una cruz resplandeciente. Lleno de respetuoso temor, cae de rodillas ante la sobrenatural aparición. Así fué convertido el que más tarde había de ser Obispo de Lieja y patrón de los cazadores.

Muchas más historias y leyendas se podrían contar de las relaciones de los animales con los santos, como la de los peces al salir de las aguas para escuchar a San Antonio de Padua, y el caso de la gallina de la Rioja de la que aún se canta el pareado.

San Domingo de la Calzada  
donde canta la gallina después de asada

Y aun existe en la Catedral un pequeño gallinero donde la piedad de los fieles sostiene un gallo y una gallina blanca como la nieve que con sus cacareos anima la misa.

Fernández del Humedal

## Y arranqué a la muerte..... una vida

A LOS MÉDICOS:

Hombres que viven agotando su vida por el bien de la humanidad.

Y así un día y otro día, el Doctor Martínez, pasaba horas enteras en el Hospital. Gran cirujano, experto conocedor de su profesión, concentraba toda su inteligencia, sus inquietudes, sus horas de descanso incluso, en llevar la salud y la vida a todos los enfermos, produciéndole gran dolor cuando la ciencia se le negaba y un ser humano rendía su vida destrozada por la enfermedad.

Entonces el Doctor Martínez, era otro hombre por unos días: ensimismado más que nunca, se encerraba en su estudio tratando de arrancar el secreto de la vida con nuevos estudios, nuevos métodos, leyendo con interés cuanto se escribía sobre temas de su profesión. Su vida era una continua inquietud por la salud del prójimo.

Una esposa cariñosa y unos hijos, distraían, a veces, la inquietante y permanente preocupación de aquel constante vigilante de la humanidad. La familia era su refugio, pero la familia, poco disfrutaba de su compañía. Su esposa, sabía muy bien, pues él lo había dicho siempre, que era esposa de un médico, y por tanto, ocupaba un segundo lugar en sus sagradas obligaciones. Su gran deber era la humanidad doliente. Su vida, estaba al servicio de la medicina y de todos los mortales que reclamaban su inteligencia y sus conocimientos. Solamente, la enfermedad de alguno de los suyos, le hacía concentrarse en ellos con esa doble inquietud y preocupación que dan los hijos, cuando el padre sin poder olvidarse de que es padre, hace pesar sobre sí la gran responsabilidad de la salud del hijo llevando a su corazón más preocupaciones y más pesar.

Una mañana, en la sala de operaciones había un caso desesperado. El Doctor Martínez se concentró con toda su inteligencia en el cuadro desolador de aquel hombre, destrozado por el accidente, sin sangre apenas, que la ciencia le decía nada había que hacer. Era un problema de tiempo. Si resistiera una hora, estaría salvado. La operación haría efecto. La sangre podría ser renovada, pero el corazón... sería imposible que resistiera.

Una mujer y un hijo, llorosos imploraron de él la vida. El Doctor Martínez, vió aquella esposa, contempló aquel hijo, y no pudo menos de decir:

—Calma, no hay que desesperar: aún no ha muerto y por tanto hay esperanza...

Y en voz queda, para sus adentros, añadió:

—... aunque muy poca. Y volvió a la mesa de operaciones.

El cuadro era desolador. El corazón, perdía fuerzas.

El médico lo veía, pero seguía adelante. Un silencio profundo seguía la marcha de sus movimientos. Todos observaban el corazón. Vestidos de blanco estaban atentos al menor movimiento. El Doctor Martínez continuaba transfigurado, su obra. Sus manos cortaban y cosían con agilidad extraordinaria, pero de pronto... el corazón del enfermo se detiene. La muerte conmueve aún a los espíritus profesionales. También significa mucho para estos hombres; también quiere decir: la derrota profesional.

La operación era perfecta. Pero estaba visto que el corazón no podría resistirlo. Allí estaba el corazón, al descubierto: una masa pulsátil, vibrante, de músculo rojo, cruzada con miriadas de pequeños vasos sanguíneos. No tenía entonces, ningún latido. Todos se miraron: estaba muerto. El brazo del paciente saliendo por debajo de las sábanas, presentaba aspecto ceniciento; los dedos estaban levemente crispados.

Hubo unos momentos de duda. El Doctor Martínez terminó la operación con buen resultado, pero el corazón del enfermo estaba quieto. Nada había que hacer. Un momento tan sólo se detuvo: pensó tal vez en aquella esposa, y aquel hijo que esperaban ansiosos a la puerta que él hiciera un milagro. Y el Doctor Martínez cobrando energías, ordenó con la decisión de quien va a hacer el desesperado intento de salvar un ser humano.

—Pronto a turnarse: masaje al corazón

Después de la muerte, la temperatura del cuerpo se abate lentamente, más o menos, un grado en una hora. El enfermo conservaba aún calor, y comenzó la lucha de la ciencia contra la muerte.

Inmediatamente se administró más sangre, inyectándola directamente dentro de la aorta a través de un pequeño tubo de plástico. En esta forma podían mantener sangre fresca atravesando las arterias hasta el cerebro, los pulmones, los riñones y el hígado, que sin oxígeno se deterioran en minutos, a veces en segundos. Sólo la sangre puede conducir el oxígeno vital.

—Más oxígeno.—Y el anestesiólogo comprimía el balón de la respiración. El oxígeno penetró en los pulmones. El médico oprimía el músculo cardíaco, bombeando así sangre a través de su cuerpo. Los pulmones se contraían.

—¡Adrenalina!, ordenó autoritariamente el médico. Y todos pendientes de aquel corazón sin movimiento, trabajaban febriles esperando el milagro.

Se inyectó adrenalina en el ventrículo izquierdo; pero no tuvo efecto alguno sobre el músculo cardíaco.

—Más atropina.—Y la voz del Doctor Martínez sonaba con energía y nerviosismo, poniendo a todos en movimiento.

Transcurrían los minutos: todos se iban dando cuenta del gran esfuerzo físico de aquel hombre que luchaba contra la muerte en agotador trabajo por lograr una resurrección. Estaba agotado, pero un esfuerzo sobrehumano, y el recuerdo constante de aquellos seres que muy cerca de sí, con los ojos llenos de lágrimas le habían pedido un milagro, le sostenía en su lucha desesperada.

—Oxígeno... sangre... adrenalina... atropina... masaje, masaje...

Eran ya treinta minutos de lucha y comenzaba en él el desaliento. Pero él, enajenado, absorbido por la obsesión de aquel corazón quieto, de aquellas miradas de dolor, de aquel ser humano que podría vivir si el corazón latiera... —continuaba...: masaje... masaje... sangre... oxígeno...

Pero de pronto, el corazón dió varios latidos. Los médicos se miraron llenos de asombro. Redoblaron todos sus esfuerzos. Más inyecciones... más oxígeno; más rápido el masaje y más enérgico... El corazón latió varias veces, y de pronto volvió a quedar como una masa inerte.

Fué un momento de desaliento. Habría que desistir. La ciencia había fracasado. Quedaron todos sin movimiento, indecisos y el Doctor Martínez contemplando aquel hombre, desolado, parecía destrozado por el agotamiento y el pesar.

De pronto, como un iluminado, dispuesto a realizar un esfuerzo desesperado, ordenó:

—Una inyección de cloruro de calcio dentro del corazón.

Y el corazón dió una contracción vigorosa y comenzó a latir por sí mismo. Al poco rato el paciente respiraba con regularidad. Luego movió un brazo, después una pierna, poco a poco se le veía volver a la vida. Se completó la operación, la herida quedó cerrada y pudo hablar unas palabras. Después un sueño reparador hacia entrar al enfermo nuevamente a la vida. Había resucitado de entre los muertos.

El Doctor Martínez, destrozado por el esfuerzo, agotadas sus energías con un gran desequilibrio en su sistema nervioso, producido por la gran excitación de aquella hora, abandonó la sala de operaciones.

A la puerta, ansiosos, la esposa e hijo del paciente le miraron sin preguntar siquiera pero en sus ojos una ansiedad les devoraba.

—Ha resucitado. Eso es todo. Y marchó a su casa anonadado aún por el esfuerzo.

Era tarde, muy tarde, para llegar a la hora de comida. Su esposa sale a su encuentro. Ella no pregunta qué ocurrió en el Hospital. Sólo dice:

—¿Cómo vienes tan tarde? Siempre igual: ese dichoso Hospital acabará contigo. No tienes horas ni de comer ni de descanso. Ya ves, tus hijos no han podido esperarte para irse al Colegio y yo preocupada por tí, empezaba a inquietarme por tu tardanza...

Y el médico, sin oír, como un autómatas y como contestando a sus inquietudes y hablando consigo mismo dijo:

—... Y arranqué a la muerte... una vida que ya no existía.

Don Justo

CONSEJOS

## El católico en la vida social

—¡Qué fáciles somos a ver errores ajenos, y qué des preocupados de corregir los propios!

Con un poco de atención, podríamos hacer grandes progresos en la vida social. El católico, especialmente, por estar unido de corazón a unos principios religiosos que le obligan, en un acto de voluntariedad, a adherirse a esos principios, parece tener más obligación de adaptar su carácter a dichas normas, que por otro lado, forman parte de sus convicciones.

La amabilidad, es una norma social muy conveniente. La contestación desconsiderada, ofensiva, despectiva, a veces, hay que desecharla por antisocial. Los errores, que creemos tienen los demás, pueden, a veces, no serlo, y ser nosotros los equivocados. De ahí que la opinión ajena, merece siempre un respeto. Y si se trata de asuntos de fé católica, es la caridad cristiana quien ha de entrar en la discusión.

En las cosas humanas seamos transigentes; tengamos para los demás la amabilidad y concesión que imponen unas normas de buen vivir, pues que ello dará lugar a que sea más fácil la transigencia por la otra parte en otra ocasión.

¿Nunca pensastéis que los demás pueden tener muchas razones para obrar distinto a como nosotros quisieramos?

Si tenéis mando, sabed administrarlo. Es difícil saber mandar bien. Es más fácil obedecer, pero el mando, es peligroso; puede originar graves males morales, puedé

influir vuestra inoportuna réplica en el criterio que los demás tienen formado de lo que debe de ser un buen católico.

Es fácil tener errores, pero un hombre de gran corazón y de buenos sentimientos católicos, sabe reconocerlos y rectifica con lealtad, sin menoscabo de su dignidad y de su prestigio.

El rectificar los errores es propio, exclusivo, de los seres humanos.

Y tengamos siempre presente, que todos son hijos de Dios y por todos El vino al mundo y sufrió muerte y pasión.

Pongamos todo el interés en suavizar las relaciones sociales.

J. M.

## TE DEUM LAUDAMUS

En las Bodas de Oro de "RELIGION Y PATRIA"

A Ti, Dios, celebramos  
y solamente a Ti, Dios, confesamos  
A Ti, a quien de la tierra los clamores  
te apellidan Señor de los Señores.

Nuestros labios se abren solamente  
a proclamar tu gloria omnipotente,  
y se unen al canto  
que suena eternamente  
aclamándote Dios tres veces Santo

Por toda la asistencia  
que en tantos años hemos recibido  
de tu benevolencia;  
por todo lo que ha sido,  
y todo lo que es y que será  
nuestra Publicación con tu clemencia,  
por el calor que tu presencia da,  
¡Señor, seas bendecido!

Tú que nos aceptaste cada día  
las pobres alabanzas que en tu honor  
nuestra Revista humilde repetía,  
¡Bendito seas, Señor!

Y Tú que te dignaste  
bendecirnos con creces,  
cada vez que amoroso nos miraste,  
y que con tanto afán nos ayudaste,  
¡Bendito seas mil veces!

Tú, que tendiste la animosa mano  
en tantas ocasiones,  
cuando el camino se torcía y en vano  
queríamos sostenernos de ilusiones;  
Tú, que en aquellos trances sostenías  
de nuestros corazones  
las débiles y tenues gallardías,  
recibe todas nuestras bendiciones.

¡Señor, que seas bendito!  
y si nuestra Revista es de tu agrado,  
¡Bendice nuestro escrito,  
y que mientras vivamos, nuestro grito  
de fervoroso amor, sea: ¡Bendito  
sea tu nombre, Jesús, y sea alabado!  
Que esperamos en Ti solo, Señor,  
y que en la eternidad  
no nos confunda el rayo del amor  
de tu Augusta y Divina Majesta!

Hermenegildo Rodríguez

## ALMACENES



Arbués

Materiales de CONSTRUCCION

Covadonga, 27 - GIJON  
Teléfono 1817

## Comentando CINCUENTA AÑOS DE VIDA

En el hombre, cincuenta años casi son una vida. En muchos casos sobrepasa la tasa de una vida provechosa y útil para la humanidad. En una publicación, cincuenta años pueden ser una vida, y pueden ser también, sólo el comienzo de una vida. Y si la revista está dedicada a la propaganda del bien, a la distribución de la buena semilla, aunque las circunstancias por adversas, siguen en seco la existencia de tal publicación, los cincuenta años de sembrar cotidiano y continuo pueden ser equivalentes a una sementera de siglos, por los frutos inmensos que se hayan producido.

La publicación no muere; queda siempre en alguna parte, y de ella, el día de mañana, espigando de propósito, o quizás por mera casualidad, puede darse en aquel atisbo que oportunamente se nos presenta, que nos hacía falta en aquel oportuno momento. Puede ser esa luz espiritual que nos llega inesperada a alumbrar nuestra ceguera, a prodigar un consuelo. Es, en todos los casos, aquello que nos recuerda a un Dios, y a un prójimo, sobre los que se compendia todo lo legislado en el sagrado código de los Mandamientos.

Pesa, en efecto, la labor de un hombre, pero esta misma labor es más constante y persevera más en nosotros si a su personalismo de unos años se suma la personalidad de sus seguidores. Y la revista, con la misma orientación, en cincuenta años, es el argumento de la veracidad de una doctrina, que al pasar por distintas épocas y por distintas

manos, se hace inmutable, porque esas manos fueron solamente motoras de la verdad eterna de Dios.

«Religión y Patria», ayer con su fundador venerable; hoy con su continuador entusiasta, y mañana con quien el Señor de los cielos se digne escoger, no será otra cosa que un semillero de verdades y de caridad. Amar a Dios y amar al hombre por amor de Dios, ha sido el lema de la publicación desde su primer número. Su antiguo título era «El Amigo del Pobre»; y en él está compendiado todo el pensamiento de su fundador benemérito. Su actual nombre de «Religión y Patria», es el mismo significado, exaltado a los más caros sentimientos humanos.

«Religión y Patria», es el «Amigo del Pobre», como Jesucristo lo fué, y porque Jesucristo lo ordena. Todo esto es caridad, y la siembra de una publicación que se tenga por cristiana, no puede ser otra, que la del consuelo de la caridad de Cristo, con el mismo sentido que Cristo da a esta caridad: Amor al prójimo y amor a Dios.

En este sentido, «Religión y Patria», tendrá la misma duración que tengan los siglos. Quizás, rodando los años, deje de publicarse, pero su doctrina y su simiente están recogidas en buena tierra sementera.

Pasarán los mundos y los hombres, pero la palabra de Dios, no pasa.—Dijo el Divino maestro Y «Religión y Patria», haciendo suyas las doctrinas del Maestro, hace también suyas sus palabras divinas, y pasará, como los días y los hombres, en su publicación, pero sostendrá todo lo que lleva dicho, por los siglos de los siglos.

HERO



Optica

"Covadonga"

Despacho de recetas de los señores oculistas  
Lámparas - Artículos de regalo - Bisutería  
Coches y sillas de niño - Juguetería

Corrida, núm. 2 GIJON Telfnos. 1855 y 4356

FERRETERIA GREGORIO ALONSO, S. A.

Apartado 104

Teléfonos:  
Mayor y Oficinas: 4507 y 4508  
Detall, 2912 y 2913

GIJON

Hijos de Angel Ojeda, S. A.

Armadores de Buques - Fabricantes de Conservas  
Astilleros y Talleres navales

Apartado 259  
Telefonos . Oficina Central: 2101 - 2102 - 2103  
Teléfono... Talleres: 2171  
Dirección telegráfica O J E D A

GIJON

ALMACEN DE VINOS



Angel Fernández Martínez

LA FOZ (Morcin) Asturias

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia  
Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

CARBONES

Arbués

Covadonga, 27 Teléfono 1817

## La Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA - Pola de Gordón (León)

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES  
Corrida, 81 GIJON Moros, 56